

Número 65

REPUBLICA DE COLOMBIA

Junio 1.º : 1911

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMXI

CONTENIDO

Discurso sobre la Escuela seglar apolo- gética.....	ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH
Nuevos Colegiales.	
Musa.....	EMILIO ARIAS MEJÍA
Repasando cartas.....	HORTENSIA AN TOMMARCHI DE VÁSQUEZ
Utilidad del latín.	
Actos Oficiales.	
La enseñanza de los Jesuitas en Fran- cia.....	MARQUIS F. DE BROG
Ficciones y realidades.....	ANGEL M. SÁENZ
Galería de hijos del Colegio.....	NICOLÁS GARCÍA SAMUDIO
Rasgos de crónica.	

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Junio de 1911

DISCURSO

DEL DOCTOR DON ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

Consideraciones sobre la escuela seglar apologética catalana
contemporánea de Balmes

Excelentísimo Señor, señores :

Los centenarios, las conmemoraciones de todo género, de que tanto se abusa en esta época, ofrecen la ventaja de ser una especie de examen de conciencia en que un pueblo medita su pasado por unos momentos, y evoca á la vida presente la memoria de los grandes hombres que ha dejado en un injusto olvido. No fuera del todo una absurda paradoja el sostener que, sin estos cortos momentos de reposo y meditación, que detienen menos de lo que conviniere la marcha vertiginosa del siglo en que vivimos, quizás en los pueblos modernos llegaría, si no á obscurecerse la conciencia de su pasado, á formarse al menos una idea equivocada de los colosos del saber, que como columnas de fuego les marcaron el sendero que habían de seguir en su existencia histórica. Balmes en cierto modo ha corrido también el riesgo de ser una de esas grandes figuras, que llegan á ser forasteras en su patria y conocidas sólo de los extraños, á pesar de haber llevado la más alta y casi única representación de España en el arcótipo de los más eminentes pensadores europeos del siglo XIX ; de haber sido

el autor del más profundo tratado de filosofía que en él y en nuestro suelo se escribió en la lengua de Cervantes, y el príncipe, ya que no el padre, de la moderna apologética española.

La apoteosis del centenario balmesiano se ha iniciado en una época verdaderamente providencial, en que se han amortiguado las estridencias políticas y literarias de nuestro glorioso renacimiento, y en que los horrores de atentados salvajes, que revistieron la satánica impiedad del sacrilegio, la crueldad del crimen y la estupidez del analfabetismo, nos convidan á la meditación y al reposo, y elevan de nuevo nuestros corazones, torturados por el dolor, á la fuente de todo consuelo y de toda sabiduría.

Las palabras y las enseñanzas de Balmes han recobrado su amargo acento de actualidad y se han revestido del prestigio de una profética revelación. Nuestra hermosa ciudad ha venido á ser lo que el ilustre filósofo temía: una enorme acumulación de riquezas é intereses, sin unión, sin organización, sin solidez y estabilidad, *con muchos elementos antagónicos* (son sus propias palabras) *y con otros elementos disolventes*. Hoy más que nunca es preciso, pues, que se alcen de nuevo en el periodismo católico y político, aquellos acentos nobles y reposados, llenos de austeridad y de autoridad, derramando doquiera el bálsamo de la paz, de la suavidad, de la tolerancia y de la justicia, y nadie como Balmes, que infundió bríos é impulsó á la escuela apologética catalana, puede dar en estas materias lecciones más fecundas y sugestivas.

Pero no vengo á hablar aquí precisamente del filósofo de Vich, á quien han juzgado y hasta revelado de nuevo los ilustres pensadores que han tomado parte en el congreso apologético ausetano, y á quien en esta noble fiesta del espíritu que el *Comité de Defensa Social* celebra en su honor, dedican sus homenajes escritores más competentes y que le conocen más á fondo, que el que ahora os dirige inmerecidamente la palabra.

Su nombre y sus escritos dan hoy carácter de actualidad á una escuela apologética, que fue anterior á él, y hasta, si se quiere, independiente de él, en una parte del período que vamos á examinar, por la dirección, puramente religioso-social, desligada de toda aplicación política, que dio á sus trabajos y á sus esfuerzos. Todos aquellos escritores sintieron por Balmes una respetuosa admiración, y tres de ellos, Roca y Cornet, Ferrer y Subirana y José Quadrado, compartieron con él por algún tiempo sus campañas periodísticas. Del aprecio, sobre todo, que de éste último hizo, bien claro testimonio dan algunas de las cartas balmesianas, recogidas y publicadas por nuestro eminente escritor P. Ignacio Casanova, S. J., en el interesantísimo volumen titulado *Reliquias literarias*.

No es posible en una velada, como la presente, que tiene un carácter panegírico y conmemorativo, más popular que científico, dar una noticia extensa de cada uno de los escritores que constituyeron la primera escuela apologética en España. En la extensa memoria que dirigí al Congreso de Vich, traté ya con algún detenimiento de cinco de ellos, á saber: de Roca y Cornet, Ferrer y Subirana, Rubió y Ors, José Quadrado y Tomás Aguiló. Volver á hacerlo ahora, sobre molestar vuestra atención de un modo indebido, sería cometer una falta de delicadeza respecto de los organizadores de aquella hermosa fiesta de la ciencia cristiana, á la que dediqué mi modesto trabajo, y en la que tomé parte, sin pretensión alguna, con ánimo resuelto de callar ante el coro de voces más autorizadas que la mía, pero con el deseo firme de unir á ellas mis acentos de adhesión y entusiasmo, á la manera de los fieles que confunden sus cantos con los de los sacerdotes que celebran en el templo.

Sólo me propongo ahora daros una ligera idea, más que de los ilustres hombres que formaron aquella escuela, de su origen y de su espíritu, y hasta de las saludables enseñanzas que de ella se desprenden para la actual generación. No he citado todos sus adeptos, sino únicamente

aquellos que reclamaron al momento un sitio de honor en el combate religioso, y que bajaron resueltamente á él, á luchar como soldados de Cristo. Si al nombre de escuela apologética se le diera la acepción lata que este vocablo tiene, en el sentido de panegírico ó defensa de la religión, en otros terrenos que en el dogmático ó de la revelación, entrarían también en esta cruzada espiritualista, los nombres de Milá y Piferrer, que con el de Balmes constituyen la tríada gloriosa de los ilustres Epigones de nuestro renacimiento intelectual.

Con esta escuela en rigor, sólo vivió en estrecho contacto Balmes en la revista *La Civilización*, que fue fundada de común acuerdo con Roca y Cornet y Ferrer y Subirana, y en la cual hizo su aparición como crítico artístico y literario el insigne Milá y Fontanals, que fue saludado por el gran filósofo con los honores que sólo se gana el genio. Fuera de este corto período, que duró apenas dos años, porque el autor del *Criterio* fue siempre un luchador independiente, los primeros esfuerzos de la apologética periodística en nuestra tierra se debieron á aquel reducido grupo de *levitas* del Señor, escritores catalanes y baleares, unidos antes ya por una estrecha hermandad intelectual, y quizás también por un inconsciente atavismo de raza, que hizo de ellos una sola falange religiosa, como antes una sola escuela artística y literaria. *La Religión* fundada por Roca y Cornet en 1837, y continuada en 1843, aunque por poco tiempo, en unión de mi venerado padre, D. Joaquín Rubió y Ors, y la *Fe*, que debió en 1844 su existencia á los dos ilustres mallorquineses, D. José Quadrado y D. Tomás Aguiló, fueron las dos revistas en que lucharon por la santa causa aquellos jóvenes seglares.

Balmes, que quizás con más sentido práctico, entendía que la defensa del catolicismo había de ser una vibrante apología social y humana, primero en *La Civilización*, y más tarde en *La Sociedad*, que ya indican con sus significativos nombres su orientación religiosa eminentemente

moderna ó europea, como diríamos ahora, luchó vigorosamente como sacerdote y como ciudadano, por su religión y por su patria, revelándose de pronto y en toda su plenitud, como un formidable polemista, sin tanteos ni aprendizajes, sino con robusta y maravillosa madurez intelectual. Pero hay que confesar que sin el ejemplo y el estímulo de la revista de Roca y Cornet, tal vez no hubiera concebido *La Civilización*, y que el primer esfuerzo importante y trascendental de nuestra apologética periodística nació de aquel anterior y más modesto esfuerzo.

A D. Joaquín Roca y Cornet le cabe, pues, la gloria de haber sido el primer apologista seglar español, y la primera revista de su género que se publicó en España fue *La Religión*, en tiempos en que, como decía Quadrado, habla rubor y hasta peligro en defenderla. Con ella creó aquí el tipo de la revista científica religiosa por el estilo de *La Universidad Católica* y de los famosos *Anales de la Filosofía cristiana* de Francia, cuyos principales artículos traducía, comentaba, y en una palabra, daba á conocer á sus lectores. Lleno de admiración por Bonald y por Gersbert, su revista vino á ser el primer órgano de las doctrinas del tradicionalismo catalán, cuando era todavía lícito profesarlo, por no haber dicho aún el Concilio Vaticano la última palabra, sobre los derechos respectivos de la fe y de la razón. Al sistema tradicionalista, que engendraron por natural reacción en la nación vecina el desbordado racionalismo impío y los horrores de la revolución, se afiliaron también, con ardoroso y juvenil impulso, Ferrer y Subirana, comentar y expositor de Bonald y Quadrado, el compañero inseparable de Balmes en Madrid. El tradicionalismo llevó á éste último, como dice Menéndez y Pelayo, á convertir el escepticismo filosófico en máquina de guerra contra el escepticismo religioso. No conocían aquellos fervorosísimos católicos, movidos de su piadoso celo, los peligros de sus doctrinas, pero todos ellos, á haber vivido, las hubieran abandonado á tiempo, como el gran apologista mallorquín,

ó se hubieran sometido dóciles á las enseñanzas de la Iglesia, como lo hicieron todos, ó casi todos, los tradicionalistas españoles, después de haber ensalzado aquélla solemnemente los fueros de la razón y de la ciencia humana.

Que el tradicionalismo no era entonces considerado como pecaminoso, sino como blasón de pura ortodoxia, lo prueba bien el que Balmes, espíritu tan profundamente religioso, se asociara cabalmente para su primera gran campaña apologética de *La Civilización*, á su amigo y compatriota el ferviente tradicionalista Ferrer y Subirana, y en su campaña política en favor de la reconciliación sincera de todos los españoles católicos y monárquicos, en *El Pensamiento de la Nación*, y en *El Conciliador* á Quadrado, de quien decía que honraba cuanto tocaba, y que hombres como él no debían ir nunca con los bagajes, sino á la vanguardia del ejército y espada en mano (1).

Reproduciendo en su famoso *Ensayo* con pluma de oro las ideas fundamentales sustentadas por el insigne escritor mallorquín, combatió también ocho años más tarde por el tradicionalismo el espíritu prócer de Donoso Cortés, cuya ardorosa y flameante elocuencia encendía aún el fuego sacro de la fe religiosa, en la generación de jóvenes que abríamos nuestra inteligencia á la cultura universitaria, en los albores de la revolución setembrina.

Excepción única y gloriosa en este punto de la escuela apologética de nuestra tierra fue el insigne Balmes, que con su penetración maravillosa presintió los escollos del tradicionalismo, tan opuesto al espíritu de nuestra raza, antes de que la Iglesia los señalara, y con esfuerzo propio é independiente, libre de todo resabio de afrancesamiento intelectual, escribió, en sentir de Menéndez y Pelayo, el único libro filosófico español de la primera mitad del siglo pasado. En el segundo prospecto de su obra monumental sobre el Protestantismo, que ha dañado á conocer reciente-

(1) P. IGNACIO CASANOVA, S. J., *Reliquias literarias de Balmes*, Barcelona, 1910, pág. 237.

mente el profundo balmesiano, D. Narciso Roure, puso de relieve, con su ruda franqueza, el concepto que le merecía el tradicionalismo, ó al menos su principal corifeo, declarando que los hombres de buena fe no deben contentarse con la autoridad de los oráculos de las opuestas escuelas. "Nada nos importan, decía, Rousseau ni Bonald; lo que nos importa es la verdad." En el mismo cuerpo de su obra precisaba aún más su criterio, con una pintoresca imagen, que parece arrancada de uno de los nerviosos artículos de Quadrado, y que pinta al mismo tiempo de mano maestra el espíritu generoso de aquella escuela y de los apologistas de nuestra tierra. Rousseau es un minador que zapa para derribar. "Bonald es el héroe que salva en sus brazos los dioses tutelares de la ciudad incendiada; temeroso de la profanación los lleva cubiertos con un velo."

Si en cuanto á su espíritu filosófico la escuela de los apologistas seculares de este período fue tradicionalista, por sus orígenes, por sus impulsos y por sus adeptos no es más que una de las fases del romanticismo. No era, como en Balmes, un pensamiento práctico, político ó patriótico, ó social, su punto de orientación; era una vaga y poética aspiración de reconquista espiritual. Era un movimiento romántico religioso, hermano del artístico y del literario, y producido por las mismas causas. Aquí como en Francia, los horrores de la revolución nacida en un charco de sangre, é iluminada por las siniestras hogueras del vandalismo artístico, habían producido una sed de restauración espiritualista y cristiana. Fue un impulso de generosa protesta, tanto como un movimiento de actuación católica, emanados ambos de un arranque noble y espontáneo, y que llevaba á aquellos jóvenes laicos, sin excitaciones de ningún género, de la autoridad de la Iglesia, á la reconquista de la Jerusalén espiritual, á la fundación de la ciudad de Dios acá en la tierra. Todos los jóvenes de valer de aquella época, con contadas excepciones, corrieron á alistarse en aquella cruzada espiritualista. Los más fervorosos pa-

ladines de la Iglesia eran los mismos que ceñían sus sienas de flores en los templos de las Gracias. Los que combatían en nuestro suelo las batallas del Señor eran al mismo tiempo los príncipes de las letras, del arte y de la filosofía.

Nada tenía aquella generación de gazmoña, ni de enco-gida ; antes bien, se distinguía por sus audacias y anhelos de renovación, así en el orden literario como en el artístico, y á las banderas desplegadas marchaba á tomar las primeras posiciones en el campo de la revolución romántica. El prólogo iconoclasta del *Cromwel* de Víctor Hugo era su credo literario, y si Cabanyes había cantado con acentos horacianos y rudeza de almogávar *la independencia de la poesía*, Ribot proclamaba en 1837 la *emancipación literaria* en una poética revolucionaria. Todos aquellos jóvenes, profundamente espiritualistas, quién más, quién menos, sentíanse á ratos un Werther, un Manfredo, un René ; todos creían vagar por el mundo como almas solitarias, incomprendibles, y á ratos también aspiraban la ponzoña de las flores del mal de los Baudelaire del romanticismo. Su ferviente educación cristiana fue el talismán que les salvó de sucumbir á las enervantes tentaciones de aquella sirena seductora que tan sentidamente cantó Milá y Fontanals. Hasta el espíritu tan casto como cauto de este varón egregio, se rindió alguna vez á sus halagos, y solía decir que Chateaubriand le había hecho mucho daño, y en su edad madura le atormentaba todavía como un tenaz remordimiento de sus años juveniles, su byroniano ensayo intitulado *Fasque nefasque*, y solicitaba de sus amigos los últimos ejemplares que guardaban, para sacrificarlos á la paz de su conciencia. Pudo haber escépticos y los hubo, sin duda, en aquella brillante pléyade intelectual, el mayor timbre de gloria de la Cataluña del pasado siglo, pero los principales corifeos del romanticismo, y casi todas las primeras figuras de la mentalidad catalana de aquel tiempo, militaron con decisión y sin respetos humanos, en el campo del espiritualismo religioso. Bastará con citar aquí el

nombre de Piferrer, el más prestigioso para aquella generación literaria, que le alzó sobre el pavés como su caudillo, reservando para Balmes y Milá una admiración quizás más respetuosa que sentida. Ferviente adorador de la belleza y de la ciencia humanas, que no eran para el genial escritor, conjunto de realidades ilusorias, amante de la independencia de criterio, respetuoso con los oráculos del sentido común, como todos los pensadores de este suelo, ponía la religión católica por cima de todas las cosas, y se complacía siempre en sorprender y realzar las íntimas y naturales relaciones que existen entre la fe, la ciencia y el arte.

Aquella generación ilustrada creía cumplir con un deber al defender el Arca Santa de toda agresión, y en consagrar su influencia al servicio de la Sabiduría divina, porque como decía Quadrado, con una expresiva imagen, " toda ciencia, hoy más que nunca, debe pagar una especie de diezmo á Aquel de quien procede." Un vivísimo sentimiento de simpatía y de ardiente entusiasmo la arrastraba hacia una causa tan noble como santa, porque para ella la Religión no era sólo un dogma y una revelación consoladora ; era también una belleza, una elevación moral, una grandeza histórica. Fueron, en una palabra, en Cataluña, aquellos escritores los primeros cruzados del *Genio del cristianismo*.

Balmes y Roca y Cornet desde las páginas de *La Sociedad*, aquél (t. I, 229), desde las de *La Civilización* el segundo (II, 249), pagaron un tributo de admiración á esa juventud de su época, que ofrece hoy muchísimo interés. Balmes la contemplaba con profética intuición, preparándose en silencio para una nueva era, que más bien presentía que veía. Según él, aquella generación apartada de todos los partidos, ó más bien despreciándolos, les dejaba el goce del presente, reservándose desmentirlos solemnemente el día que se encontrara llamada á hablar y obrar. Casi las mismas ideas había formulado antes Roca y Cornet, en

su entusiasta artículo sobre la *Tolerancia*, saludando también esperanzado aquella pléyade escogida, porque aleccionada por una cruel experiencia de barbarie, recelaba mucho de lo presente y sólo confiaba en lo por venir.

Ningún momento histórico más intensamente dramático que el aciago en que aquella juventud abrió su corazón y su inteligencia á la luz del amor y de la verdad. En aquel tiempo, como en los actuales, el nombre de libertad era un *Inri* irrisorio que disfrazaba el cruento sacrificio de los más altos y sagrados intereses. Nuevos conquistadores bárbaros habían introducido en medio de una sociedad civilizada, un idioma salvaje de odio y de exterminio. La libertad, como ahora, se había hecho culta y conservadora. Los hombres de gobierno, por su parte, perseguían con frecuencia al clero y á la Iglesia, mientras hipócritamente ensalzaban la religión. "El rubor, decía un escritor ya citado, les impide romper abiertamente con las creencias del catolicismo, porque forman parte del decoro público y del buen sentido universal." La hez más ignorante y brutal del pueblo llevaba á la práctica, con estúpida ferocidad, las doctrinas de persecución que se le inculcaba, y se entregaba con brutal complacencia á la destrucción de esas maravillosas herencias históricas que constituyen la grandeza y el orgullo de los pueblos, y que ni con el oro, ni con el poder, ni con el progreso, pueden improvisar las naciones más adelantadas. Aquella noble juventud tropezó cabalmente con las pavesas de cien templos incendiados, triste fruto de aquellas excitaciones. A ella le cupo la trágica fortuna de ver con horror cómo una noche se enrojecía de pronto el cielo de su patria con los resplandores de una hoguera pavorosa y el suelo con la sangre de multitud de víctimas inocentes. Los tizones de aquella orgía de fuego y devastación eran cabalmente las momias venerandas de nuestros gloriosos reyes que habían recorrido triunfantes todas las penínsulas é islas del mar latino, y los envidiados tesoros de arte y de civilización acumulados por muchas generaciones.

Aquella juventud contempló también un día, con tanto asombro como amargura, cómo una nave extranjera amarraba á nuestro puerto, y que los que la tripulaban, á semejanza de lo que hiciera Lord Elghin con los sagrados frisos del Partenón, se apresuraban á cargar aquel nuevo *buque fantasma* con los despojos de una de las más gloriosas civilizaciones medioevales, para enriquecer con ellos los museos de una nación más adelantada.

Mas de aquel espectáculo de muerte y desolación, quiso Dios que se alzara muy luego, como un *hossana* consolador, la voz robusta y triunfante de sus doctrinas inmortales, invulnerables para la tea y el puñal. Aquel grito de *excelsior* no era otro que la vibrante afirmación de la fe, de una legión noble y viril, que surgía como una esperanza y una promesa de los mismos antros de la iniquidad y de la ignominia.

Así se levantó como una falange de cruzados, emulando el ejemplo de los escritores de la restauración francesa, de los Bonald, Montalembert, De Maistre y Chateaubriand; así se levantó, repito, como un solo hombre, la pléyade gloriosa de nuestros apologistas, tan rica en talentos y de porvenir, como de desengaños. Así se levantó contra aquel torrente de inmundo cieno, llena de escepticismo político, buscando sedienta en la religión y en el arte más nobles é inmutables ideales. A ellos rindió siempre fervoroso culto en su corazón, sin perder jamás la confianza, porque estaba firmemente convencida de que el siglo y la fe no habían de volverse las espaldas, y de que vendrían tiempos mejores, en que alborearían como dos auréolas gemelas la religión y la cultura, para brillar de nuevo unidas, como unidas han brillado siempre, en el cielo de la humanidad, para su progreso y su consuelo.

Mucho tiene que aprender nuestra juventud contemporánea que cree y milita en la fe de Cristo, de las enseñanzas que le dan tras más de medio siglo aquellos ilustres apologistas seculares, que hicieron del periodismo su más

noble arma de combate. Si suele decirse en sentido figurado que la misión de la prensa es un sacerdocio, parécenos que nunca esta palabra tiene un sentido más recto, más propio y más eficaz, que cuando se trata del periodismo católico. Ojalá que el ejemplo que en él le dieron, significándolo moral y literariamente, la mueva á seguir sus huellas para defender las verdades austeras y consoladoras del catolicismo, cual lo hicieron aquellos grandes educadores de la moderna Cataluña, que en la historia de nuestra cultura llevan los nombres inmortales de Balmes, Piferrer, Milá y Quadrado. ¡ Ojalá que el concurso de nuestros apologistas de la prensa fuera tan desinteresado como el de aquellos que les precedieron y cuya memoria hoy me complace en evocar, con un sentimiento mezclado de simpatía, ternura y veneración, porque á casi todos tuve la fortuna de conocerlos personalmente, y porque ellos, con sus consejos y sus enseñanzas, han iluminado é iluminan aún las sendas de mi vida y han formado mi corazón, y uno de ellos, sobre todo, unido conmigo con los más estrechos y dulces lazos de la sangre y del afecto, todavía desde la paz del sepulcro me comunica alientos, esperanzas y consuelos!

Permitidme ahora, señores, que termine este humilde homenaje que hoy les tributo, que de otra suerte no puede calificársele, con algunas de las vibrantes máximas con que uno de los más ilustres maestros de aquella inolvidable escuela, más de una vez aquí citado, el insigne Quadrado, trataba de apartar á sus compañeros de combate de los peligros que encierra el apostolado seglar, entregado á sus propias fuerzas, y sordo á la voz de los Pastores de la Iglesia que han de ser sus únicos y naturales directores: "Bueno es, decía, que unan su voz entusiasta á los cánticos sagrados que resuenan al rededor del altar, pero sin que sus manos se atrevan á tocar los vasos sagrados por temor de profanarlos." "¡ Desgraciado del que habla del cielo con los ojos fijos en la tierra! ¡ Desgraciado del que combate con la Religión y no por la Religión!"